

NATTINO ALLENDE, Santiago



Triple degollamiento

Encontrándose el país bajo la vigencia del estado de sitio, el 28 de marzo de 1985 fue secuestrado en la vía pública en el sector alto de la capital **Santiago NATTINO ALLENDE**, publicista de militancia comunista, sin cargos conocidos dentro de esa agrupación.

Al día siguiente, a tempranas horas de la mañana fue secuestrado en momentos en que llevaba a su hija al colegio Latinoamericano de Integración, **José Manuel PARADA MALUENDA**, quien se desempeñaba como Jefe del Departamento de Análisis la Vicaría de la Solidaridad. En esa misma oportunidad fue secuestrado **Manuel Leonidas GUERRERO CEBALLOS**, profesor e inspector del mismo colegio, dirigente de la Asociación Gremial de

Educadores de Chile (Agech), quien era amigo desde hacía largos años de José Manuel Parada.



Santiago Nattino



José Manuel Parada



Manuel Guerrero

En los dos operativos los secuestradores actuaron con gran disponibilidad de medios. En el caso de Santiago Nattino señalaron a viva voz que eran policías y que detenían a la víctima por problemas económicos. En el otro secuestro hay testigos que indican la presencia de un helicóptero en los hechos y de desvíos de tránsito en el sector. Esta acción fue cruenta ya que se le disparó a quemarropa a un profesor que intentó impedir el hecho.

Relacionados con estos secuestros se encuentra el que sufrió el egresado de arquitectura Ramón Arriagada en el mes de febrero de ese año, a quien se lo interrogó precisamente sobre las actividades de Manuel Guerrero y José Parada. Ambos se encontraban realizando una labor de análisis de la estructura y

funcionamiento del Comando Conjunto a base de la información obtenida de las confesiones de uno de sus ex miembros, logradas poco tiempo atrás.

También se relaciona con el operativo realizado la noche del 28 de marzo a la sede de la Agech ubicada en calle Londres 75 de la capital, local donde recibía correspondencia y mantenía una línea telefónica Santiago Nattino y que frecuentaba Manuel Guerrero, por su calidad de dirigente de esa agrupación. De ese lugar fueron llevados varios profesores, quienes estuvieron privados de libertad hasta el día 29, reconociendo posteriormente como su lugar de detención el cuartel de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (Dicomcar) ubicado en calle Dieciocho, el mismo que tiempo atrás fuera usado por el Comando Conjunto bajo el nombre de La Firma.

Pese a las intensas actividades desplegadas no se tuvo noticia alguna de los secuestrados hasta el 30 de marzo de 1985 cuando son encontrados sus cuerpos degollados en el camino que une Quilicura con el Aeropuerto de Pudahuel.

Este crimen causó honda repercusión tanto nacional como internacional, dando lugar a una extensa investigación judicial. Autoridades del gobierno explicaron en un comienzo el crimen como consecuencia de una purga entre comunistas. Sin embargo, de los antecedentes narrados y los reunidos en la investigación judicial, la Comisión ha llegado a la convicción de que Manuel Guerrero, José Parada y Santiago Nattino fueron ejecutados por agentes estatales en razón de su militancia y las actividades que realizaban, en violación de sus derechos humanos.

(Corporacion)



En marzo de 1985, tres opositores del gobierno fueron secuestrados y asesinados por un grupo clandestino. Un juez encontró pruebas suficientes para acusar del crimen a nueve miembros de los Carabineros. Ninguno de los nueve fue procesado. Las viudas de los asesinados encabezan semanalmente una marcha hacia el Ministerio de Justicia en el centro de Santiago para exigir que se haga justicia.

Nombre

Santiago Esteban Nattino Allende

Lugar y fecha de nacimiento

Santiago, 12 de septiembre de 1921

Especialidad

Diseñador gráfico publicitario, artista pintor, expositor.

Lugar y fecha de muerte

Quilicura, 30 de marzo de 1985

Actividades

Participó en exposiciones plásticas desde 1942. En su vida realizó una vastísima labor como creador artístico. Militante comunista.

Situación judicial

Ministro en visita Milton Juica, Rol 118284. Corte Suprema condenó a 15 carabineros y 1 civil el 29/10/1995.

Cuando Elena Reyes supo que los carabineros asesinos de su marido habían ingresado al penal de Punta de Peuco, no pudo dejar de sentir una expresiva satisfacción y abrazarse con sus hijos. Habían pasado diez años desde ese 29 de marzo de 1985 en que subió tímidamente la escala que conducía a la Vicaría de la Solidaridad para denunciar el desaparecimiento de Santiago Esteban Nattino Allende, sin siquiera imaginar el horror que se cernía sobre su familia. Tampoco sabía que sólo un par de horas antes se había producido el secuestro de José Manuel Parada Maluenda y de Manuel Guerrero Cobaltos, en la puerta del Colegio Latinoamericano de Integración, en avenida Los Leones 1401.

También ignoraba que a las 15 horas del día anterior, 28 de marzo, Santiago Nattino fue secuestrado por civiles a 200 metros de su casa. Y el 30 de marzo de 1985, cerca de las 15.50 horas, junto con paralizarse el corazón de tres mujeres, el país quedó estupefacto ante el hallazgo de tres hombres muertos por degollamiento, en el camino a Quilicura.

Mientras eran identificados como Santiago Nattino, José Manuel Parada y Manuel Guerrero, todos militantes comunistas, un almirante recientemente fallecido aseguró que esos horrendos crímenes sólo podía cometerlos el Partido Comunista para desprestigiar al gobierno militar.

En agosto de 1985, el ministro José Cánovas Robles encargó reos a jefes y miembros de la Dirección de Comunicaciones de Carabineros (DICOCAR), dependiente del servicio de inteligencia de la institución. Esa misma noche tuvo que renunciar el General Director de Carabineros y miembro de la Junta de Gobierno, César Mendoza (también fallecido). El 4 de septiembre la Justicia Militar rechazó la competencia del caso por considerar que los delitos tenían carácter terrorista.

Premio de las Naciones Unidas

En 1949, Elena Reyes visitó la muestra de un concurso de afiches turísticos de Ferrocarriles del Estado. Quedó fascinada por el «cartel» de un artista que se le acercó, le habló y no volvió a

separarse de ella: Santiago Nattino Allende, ganador del segundo lugar, hijo de padre italiano y destacado alumno de la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile. Comenzó el asedio: invitaciones a exposiciones, a la matinee, a tomar té --"como se pololeaba en esa época"--y matrimonio en 1955.

Santiago Nattino acumuló premios y fama. Su taller-oficina de calle Amunátegui se convirtió en centro de reunión de poetas como Andrés Sabella, actores de teatro, escritores, músicos. A los 22 años, en 1943, ganó el segundo premio en un concurso de afiches de la Municipalidad de Santiago. En 1947 obtuvo una mención honrosa en el primer concurso de afiches de Naciones Unidas.

Hasta que fue asesinado, sus dibujos, sus colores y sus ideas, transmitieron mensajes a todo un pueblo, con alto sentido estético y auto exigencia en su trabajo. Montó y decoró el pabellón chileno en la Quinta Feria del Pacífico, Lima, 1967.

En 1969 diagramó y diseñó la "*Guía del Campesino*" de la Sociedad Nacional de Agricultura. Y en 1970, tras terminar los últimos afiches para la campaña de Salvador Allende, comenzó a transmitir con sus coloridos dibujos y sus originales afiches, el mensaje del gobierno de la Unidad Popular.

El compromiso político

"Siempre estuvo cerca nuestro", dijo un alto dirigente del Partido Comunista, pero sólo en 1975, cuando el golpe militar era evidente, decidió ingresar al Partido Comunista. Siempre fue conocido por sus amigos como un hombre comprometido socialmente y "*allendista*"

En 1958 inició sus aportes a las campañas electorales de la izquierda chilena. Después del golpe creó decenas de originales fáciles de reproducir, adaptables a distintas situaciones, para uso de *El Siglo clandestino*, que los utilizó hasta tres años después de su muerte.

En el Estadio Nacional

El 11 de septiembre de 1975 era jefe del Departamento de Divulgación del Servicio Agrícola y Ganadero. Ese día, vivió el violento bombardeo a La Moneda desde las ventanas de su oficina. 'Cuando llegó a casa, no podía hablar; relató su esposa. Santiago Nattino no terminaba de creer lo que había visto. A los pocos días, el 14 de septiembre lo llevaron a Investigaciones y desde allí, preso al Estadio Nacional.

Elena Reyes, que no se inmiscuía en las cosas de su marido, menuda, aún con hijos pequeños, tomó su cartera y partió a buscarlo, sin medir ni una sola consecuencia. Habló con cuanta autoridad militar encontró, peleó en Investigaciones, recorrió las oficinas del ministerio de Defensa, se paró en las puertas del Estadio Nacional exigiendo a gritos una respuesta y, por fin, encontró el nombre de su marido en una lista de detenidos. A los 20 días, cuando se aprestaba a salir, Nattino la llamó por teléfono. "Acuesta a los niños temprano --le dijo--y tenme un buen baño".

Años difíciles

El 1º de octubre de ese 1975, lo echaron de su trabajo y, curiosamente, la Empresa de Comercio Agrícola (ECA) lo contrató para que montara su stand en la FISA, donde obtuvo un premio de honor. Después, se le cerraron todas las puertas.

Rehizo su trabajo profesional conmovido por las aberraciones y atropellos que se vivían día a día. Mientras lograba mantener su oficina con aquellos que continuaron siendo sus clientes, en su hogar no hablaba de sus actividades política para proteger a su esposa y a sus tres hijos. Tampoco fue ajeno al trabajo por los derechos humanos. En 1978, hizo afiches cuando la Vicaría de la Solidaridad organizaba precisamente el Año de los Derechos Humanos. También diseñó el logotipo del FASIC.

En 1982 tuvo que cerrar el taller de toda su vida. No podía costearlo. La tristeza se vio acrecentada cuando se deshizo de muebles, máquinas, cantidades de libros, mesas de dibujo y unos tremendos escritorios que no cabían en ninguna parte. Con una vida sobria y restringida, Nattino mantuvo su

fortaleza y trató de ocultar la tremenda depresión que lo invadía. Publicaba avisos en los diarios ofreciendo sus servicios. Y en 1985, el corazón le falló. Tuvo que operarse de urgencia.

Dos años más tarde, creyendo estar recuperado, se dirigía a almorzar a su hogar, cuando fue secuestrado por sus asesinos, a una media cuadra de su casa. Elena Reyes y sus hijos se quedaron esperándolo, extrañados por su ausencia.

Víctor Abudaye Soto. abogado y periodista de la Universidad de Chile, dirigente nacional del Colegio de Periodistas (1976/ 1981), fue presidente de la Comisión de Libertad de Expresión (1979/1983).

-----0-----

Santiago Nattino en el corazón



Escribo para Santiago Nattino cuando ciertos detalles del rostro de mi amigo comienzan -debido al efecto del tiempo maldito y, por paradoja, tratándose de un pintor como él-, a desdibujarse en mi memoria. Por fortuna va quedando inalterable lo esencial de aquel hombre que se ganaba la vida creando hermosos y elocuentes afiches.

Empezaré por decir que la noche del sábado 30 de marzo de 1985 un grupo de amigos celebrábamos una fiesta de cumpleaños en mi casa de Pedro de Valdivia con Bustos, con la clara disposición de olvidar, al menos transitoriamente, la otra noche que se había precipitado sobre Chile hiriendo ríos y personas, y aplastando al sol en los campos, como si la Cordillera de los Andes se hubiese despeñado sobre la flaca y débil contextura del país.

Animaba aquel día de cumpleaños una alegría desatada, tan sólo comparable con los excesos que se viven en los escasos momentos de solaz que brinda la guerra. Intentábamos realizar una suerte de saumerio de bailes y bebidas, consagrado a expulsar siquiera por algunas horas la tragedia.

En un momento de cumbias, los golpes enérgicos y angustiados en la puerta de calle de aquella casa no fueron escuchados ni por los bailarines -Poli Délano, Carlos Olivarez, Ramiro Rivas, entre otros- que giraban en el pequeño living, ni por quienes sentados en colchonetas colocadas sobre el piso gratificaban con vivas y aplausos burlones la escasa habilidad que demostraban al desplazarse al ritmo de la música. Sin embargo, Carlos Cerda, más atento a lo que sucedía en el mundo global, pudo captar las señales de afuera y se incorporó para atender los insistentes llamados del timbre y los golpes intermitentes en la puerta.

Santiago Nattino, el artista pintor de 63 años, se encontraba desaparecido desde el

jueves 28. Al día siguiente, los sicarios del dictador procedían a secuestrar en las puertas del Colegio Latinoamericano de Integración al profesor Manuel Guerrero y al sociólogo José Manuel Parada. Trámite siniestro que realizaron baleando previamente y en el mismo lugar, en presencia de adultos y niños, al educador de párvulos Leopoldo Muñoz de la Parra, por intentar acudir en auxilio de Guerrero. En algún momento del movido cumpleaños los escritores y artistas presentes sabrían de golpe lo que la teoría tantas veces les había señalado: en materia de salvajismo y brutalidad, la realidad concreta de los tiempos que vivíamos en Chile superaba ampliamente a la realidad concebida por los creadores más delirantes. Quien llamaba a la puerta era la abogada Carmen Hertz. Doce años atrás, en octubre de 1973, había sufrido la pérdida de su marido, Carlos Berger, a manos de la dictadura, y desde entonces vivió doblemente angustiada, sufriendo y brindando apoyo a los ciudadanos que como Nattino, Parada y Guerrero no regresaban a sus hogares a la hora que con escrupulosa planificación anunciaban a sus parientes antes de salir a la calle.

Entonces era ministro del interior un tal Ricardo García Rodríguez, otra marmota en invierno, uno de los tantos lambiscones satisfechos a rabiarse con la dictadura, que sin rubor ponían en duda ante la prensa la veracidad y las motivaciones de los crímenes que se cometían bajo su jurisdicción. Sobre la constante ocurrencia de hechos vergonzosos y crueles, parecía estar más enterada la prensa mundial extranjera, la de China, Japón, o África que los funcionarios del gobierno más militarizado y con más férreo control autoritario de la historia de Chile.

El jueves 28, cuando Nattino no volvió a casa a la hora convenida, el corazón de Elena Nattino, la esposa de Santiago, alertada por el tic tac del reloj intuyó también, con extrema incredulidad -no puede ser, qué ha hecho mi marido- que a su esposo le había ocurrido algo que en aquellos tiempos siempre revestía gravedad.

Un desaparecido más no paralizaba al país. La vida cotidiana parecía no sufrir alteraciones. Se celebraban bautizos, matrimonios y cumpleaños. Sin ánimo alguno de participar en la fiesta de mi casa ese día sábado 30 de marzo, Carmen Hertz después de que por fin le abrieran la puerta se acercó a Carlos Cerda y le habló en el oído. Después, se retiró presurosa con un pañuelo en los ojos. De regreso, Cerda se entretuvo en la puerta cerrándola con extrema lentitud, maniobra absurda que apenas consiguió demorar un par de segundos la entrega de la noticia.

-Los encontraron -le había dicho Carmen-. ¡Los han asesinado a los tres!

Una pareja de médicos allí presentes abandonó a toda prisa el departamento y sus movimientos resonaron en el silencio. Al día siguiente, se marcharían del país.

Me pregunté en solitario si había sido un rictus de la sonrisa tan particular de Nattino, o un desconocido fulgor en sus ojos, de compasión o desprecio, los signos que habían enojado al verdugo mayor y a los sicarios cuando decidieron acabar de manera tan atroz con su vida. ¿Cuál había sido el ruido que hizo su cuerpo menudo, su alma grande y silenciosa para que con tanta ira los asesinos se percataran de su presencia?

Ante su féretro no hubo desfiles y en su entierro escasearon las demostraciones de adhesión desmesuradas.

Fue humilde, de corazón noble, lleno de sensibilidad.

A menudo recuerdo al amigo, al compatriota sensible y generoso. Cómo olvidar cuánto se enriquecieron mi primer libro publicado a los veintiún años, Los sueños quedan atrás, y después Déjame tener miedo, con las portadas dibujadas por él. Similar trabajo de colaboración realizó para escritores como Armando Cassigoli, Braulio Arenas, Antonio Montero, Luis Merino Reyes, Poli Délano, Alténor Guerrero (padre del asesinado Manuel Guerrero), Luis Enrique Délano, Manuel Miranda y Eugenio García Díaz.

A veces, cuando observo esa gran paleta de la naturaleza que es el cielo, me parece encontrar en lo alto un retrato grande pintado con nubes, lunas y soles. Veo en ese marco infinito a Santiago Nattino, José Manuel Parada y Manuel Guerrero. Los asesinos parecen huir a perderse tras las nubes más negras, heridos por las espadas del amor y la solidaridad -única arma que supieron empuñar los tres mártires-.

Meses antes de la muerte de Manuel Guerrero, la Sociedad de Escritores de Chile nos solicitó a Martín Cerda y a mí que acompañáramos a Manuel Guerrero, padre (autor de la novela Tierra fugitiva) a una entrevista con Rafael Retamal, entonces presidente de la Corte Suprema, en el palacio de los tribunales. Nos recibió un anciano frágil, en cuyas espaldas encorvadas uno podía adivinar el agobio que le producía la representación de un poder teórico, de fachada, mantenido ahí por el dictador. Un “supremo” encadenado, al que se le negaban todas las facultades y medios para impedir las reiteradas violaciones que cometía la dictadura contra el derecho y la equidad. Manuel Guerrero se proponía suplicar al máximo exponente de la “justicia” chilena que los tribunales le prestaran amparo a su corajudo hijo, Manuel Guerrero, quien desde hacía meses sufría el asedio de los servicios montados por la dictadura para exterminar opositores y demócratas con un desparpajo sostenido y aplaudido por poderosos gobiernos extranjeros y por un sector de civiles ligados a los intereses económicos. El aterrorizado Guerrero padre pedía a Retamal que hiciera respetar la ley arbitrando las medidas necesarias para evitar la consumación del anunciado crimen. El anciano jurista avanzó hasta la posición de Manuel Guerrero con pasitos cortos, arrastrando los pies y lo abrazó como si fuera él el desamparado. De los pequeños ojos de Retamal cayeron abundantes lágrimas y entre murmullos deslizó una excusa:

-Lo siento, lo siento. No puedo hacer nada. Las autoridades no escuchan a la justicia.

Al final, con los ojos aún húmedos, Retamal recomendó hacer ruido en los medios informativos y llamar la atención de la ciudadanía sobre el caso, en la esperanza de que los corazones y los ojos vigilantes de millones de compatriotas amedrentarían a los asesinos. Fue inútil, igual fueron asesinados Manuel Guerrero, Santiago Nattino y José Manuel Parada.

Después de aquel trágico cumpleaños, dediqué una noche entera de vigilia al recuerdo de Santiago Nattino. Lo vi en el Gran Palace, en uno de los conciertos que anualmente ofrecía Quelentaro y que eran como baños termales de libertad. Lo vi en su taller, donde trabajaba con tesón, como uno de los tantos discriminados en Chile, sometidos a espionaje y permanente sospecha de ser enemigos de lo que para ellos significaba el concepto “patria”. Aquellos recuerdos inspirarían más tarde lo que en principio fue un cuento mío de ocho páginas, El himno nacional, pero que pronto cobró una irrefrenable vida propia, desarrollando múltiples vertientes hasta convertirse en la novela que publicó LOM Ediciones en el año 2001. Un modesto

homenaje para quien tuvo una muerte tan horrorosa y que no debe ser olvidada por los chilenos de buen corazón

FERNANDO JEREZ (*)

(*) Anticipo del libro Diferentes miradas, la historia que podemos contar, volumen II, de próxima aparición.

Revista Punto Final Edición 574 - Desde el 20 de agosto al 2 de Septiembre de 2004



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 